



CAPITULO XXVI

Que le mudaron á este pecador de iglesia, y lo que le sucedió para aceptarla, y nuevas misericordias y miserias.

Estando este pecador sirviendo en un Consejo, entre tanto que venían las causas y trabajaba en la defensa de su dignidad, habiéndolas allanado por la divina bondad, le presentaron á otra iglesia, y como quiera que él deseaba más conservarse en la primera y que habiéndole proveído antes á una Metrópoli, se había excusado y se había estrechado con su iglesia con vínculo de voto de no dejarla, por quitar todo motivo á la humana ambición, que en cosa alguna descansa, en esta ocasión rehusó también admitir esta, á que le presentaron.

Es verdad que no era el motivo de no aceptar esta iglesia, tan puro y tan limpio, como lo fué el voto, ó promesa, que hizo de no dejar la

primera: sino por una graduación que había hecho, harto presumida y vana, de sus méritos y servicios y de tantos años y puestos de Ministro y Prelado y que había remediado tantas y tan graves cosas y materias y que le parecía menos crédito de su persona y servicios, el no darle otra que fuese de mayor estimación y graduación, en el concepto común de este género de premios.

Y aunque veía que era preciso aceptar alguna iglesia, por no poder servir la primera á dos mil leguas ausente y más estando constante su Rey, de que sirviese en estas provincias, con que cesaba la causa del voto y era ruína de la iglesia lo que antes podía ser conveniencia; pero quería su vanidad de tal altura esta gracia, que calificase con proporcionada estimación sus méritos y servicios.

Para defender este dictamen de la propia estimación y hacerlo muy puro, espiritual y santo, trabajaba su discurso notablemente: y como para lo peor y para perderse ha sido siempre sutil y agudo este pecador, hallaba tantas razones espirituales y santas, de decencia y de conciencia (sin embargo, que le hacía otras mercedes por sus servicios, abrigadas á esta promoción), que le parecía á él (¡oh amor propio lo que engañas!) que era pecado ser humilde y culpa ser resignado.

A esto ayudaba harto la familia, que ordinariamente se viste y sobreviste ciegame de la honra de su Prelado, y mide con varas de grande medida sus méritos, y sentían vivamente que no fuese lo que ellos llamaban premio (siendo verdaderamente Cruz) muy á su satisfacción.

Acudía al consejo de varones doctos y espirituales, y él hacía de suerte la relación y ponía de manera el caso, que ordinariamente daban la sentencia conforme á su propio amor, con que cobraba más fuerza en su dictamen y con él su perdición; porque es cierto que, si porfiara en esto, se ponía en infinitos embarazos y disgustos, é inquietudes muy ajenas de camino espiritual y de Dios.

Andando con estas perplejidades, asido el ánimo al dictamen y teniendo por bueno, allá en lo interior siempre el alma andaba fiel y contra las bachillerías del entendimiento. Daban voces dentro de ella la humildad, la sinceridad, la verdad, para que anduviese por el camino del desasimiento y se negase á la propia estimación y exaltación y conociese quién era.

Con estos cuidados se entró un día en el oratorio á orar, ó á adorar á aquella santa imagen de Jesucristo, bien nuestro que siempre ha traído consigo, á la cual cortaron los herejes los brazos y las piernas, y mirando á aquel Señor, le dió

instantáneamente un rayo de luz al entendimiento, y como si fuera una vela encendida que corta y quema un hilo á que está asida alguna cosa, así le quitó el asimiento de su propia voluntad, y al instante se le ofrecieron muchos discursos de verdad y de humildad, y los abrazó con sumo gusto su corazón; porque luego se le propusieron las razones siguientes con que él á sí mismo se reprendía, diciendo: ¿Estoy loco? ¿Qué engaño es este? ¿Es posible que he de resistirme á cosas que ordena Dios? ¿No lo representa el Príncipe? ¿Qué méritos, qué servicios son los míos, que merecen premio alguno? ¿Por culpas me han de premiar? Y cuando hubiera méritos y servicios, ¿cuándo merecía esta iglesia? ¿Cuándo la merced que le acompaña y califica los méritos? Y las iglesias, ¿son premios ó ministerios ó cruces? ¿No es locura discurrir de esa manera?

Finalmente se trocó el corazón y el discurso, y á la hora de comer dijo á los familiares con resolución: *Que quien no le hablase con estimación de la iglesia á que era presentado y le persuadiese á que no la aceptase, era enemigo capital de su consuelo.* Con lo cual volvió á hablar de otra manera á los ministros, que con gran gozo suyo se ajustó. Y es cierto que así se sintió en el cuerpo y en el alma, consolado desde entonces como si hubiera arrojado de sí la peña y pena de

Sisó, que traía sobre sí, quedándole con este suceso gran luz de acudir á Dios en todo, pues da más su Divina Majestad en un instante, cuando le buscan las almas, que todas las criaturas, aunque estuviesen alumbrando con la luz de su caudal enteras eternidades.

Desde entonces también el Señor, en premio de aquella resignación ó porque es manantial de misericordia, le fué aumentando las luces. Porque habiendo dejado la ocupación de Ministro, se retiró á la soledad, y en ella y con ella vivía siempre en ejercicios devotos de oración y de mortificación, y en la misa, en la mesa, en el oratorio, en la presencia divina y en sus acciones y operaciones, se conocía esta mudanza, y habiendo venido sus bulas, partió el día de su ángel de guarda, á su iglesia, contentísimo de haber de servir á Dios en aquella soledad, que lo era, respecto de los lugares grandes, donde se había criado toda su vida.



CAPÍTULO XXVII

Llega á su iglesia, comienza á obrar en su ministerio y nuevas misericordias y cargos, sin descargo, sino la misma misericordia, que satisface á sus cargos.

Todo el camino hasta llegar á su iglesia, que no fué largo, lo ocupó todo en entregarse de todo á Dios y ofrecerle el corazón, en que hallaba grande consuelo. Llevaba ya apuntados los dictámenes, con que se había de gobernar en el ministerio, como más juzgó que cumplía al agrado del Señor y al aprovechamiento de las almas de su cargo, á las cuales le comenzó á dar Dios grande amor, como le sucedió cuando lo eligió para la primera esposa. Y por estos apuntamientos é instrucciones que él hizo á sí mismo, se gobernó más fielmente por la gracia y misericordia divina que por los que hizo cuando vino de aque-

llas provincias remotas, en los cuales, si hubiera sido observante, de otra suerte estuviera su alma y harto más aprovechada. Si bien puede ser que no hubiera sacado el fruto de la humildad y penitencia que le ofrecían sus culpas, sus pecados y miserias.

Las misericordias que su indignidad ha recibido de su Señor, Redentor y Criador, no se pueden contar ni escribir, sino adorar.

Lo primero: le ha dado en esta iglesia y diócesis que sirve, quietud de ánimo y consuelo para amar todo aquello que puede entristecerle la naturaleza, y para hallar y abrazar con reverencia y gozo, cuantas descomodidades aquí se pueden considerar, hallándose aquí con una espiritual alegría: y esta es grandísima merced, por ser el campo donde se hacen y corren alegremente todas las operaciones de pastoral y ministro; pues si él estuviera descontento con la iglesia y en su diócesis, no hiciera cosa alguna de provecho.

Lo segundo: le ha dado tierno amor á su iglesia y almas de su cargo, y deseo de su alivio y de que consigan la salvación; y por hacerlo, le parece que diera la vida con gran gusto, con que se le hace muy fácil cuanto obra en su servicio.

Lo tercero: á poco tiempo que estuvo, con ocasión de sus empeños y deudas (que eran muchas, por el poco cuidado que ha tenido con la

renta de su dignidad), arrojó de casa (movido de luces é inspiraciones) la poca plata que tenía, coche, litera y todo lo demás que miraba á fausto y ostentación; y esto con una espiritual alegría tan grande, que si como dejaba el coche, pudiera dejar la vida por Dios, con igual gusto y amor la dejaría.

Lo cuarto: á esto ayudó mucho haber leído vidas de santos obispos; y habiendo visto en la de San Martín Turonense, que habiendo sido pobrísimo, con todo eso, al morir, andaba el demonio buscando en su pobre aposento si había alguna cosa que acusar, y que cuando subía á los cielos su alma, iba el demonio tras ella á ver si había de dondo asirle, le hizo tanta fuerza este ejemplo, que arrojó de casa para pagar sus deudas con ellos, todos estos asideros, que en otros fueran ornamentos debidos á la dignidad; y en su indignidad y miseria de este pecador, podían ser motivos de propiedad.

Lo quinto: siempre que tomaba cualquiera de estas resoluciones y otras de este género que miraban á espíritu de pobreza (que siempre ha amado muy tiernamente), le daban tantos ímpetus de amor, de luz y misericordia, que conocía que era gustosa á Dios aquella resolución.

Lo sexto: leyendo en otra ocasión la vida de San Martín, reparó en que por su mano daba de

comer á los pobres y los lavaba los piés. Y al instante propuso de hacerlo así; y todos los miércoles y los sábados, cada uno de aquellos días se los lava, les dá de cenar y los sirve de rodillas, y al besarlos los piés lo hace con el mismo consuelo y á la misma consideración que si fuera Jesucristo, bien nuestro. Y aunque desde que entró á servir el ministerio pastoral, todos los jueves ha dado por su persona de comer y servido á doce pobres; pero no ha hallado el consuelo y gozo que en lavarles los piés y servirles arrodillado, y darles después de haber cenado una limosna con que comen el día siguiente.

Lo séptimo: le ha puesto Dios por su bondad infinita tan gran respeto á los pobres, que de ninguna manera, al servirles, se atreve á cubrirse delante de ellos, y le parece que en cada uno mira á Dios, y así los trata, como si en cada uno viera aquella eterna y divina majestad, principalmente cuando les dá de comer.

Lo octavo: estando en un convento muy santo de su diócesis, salió un día como por entretenimiento á dar de comer á los pobres de la puerta, y le supo tan bien esta ocupación, que luego trató de obrarlo siempre en su casa, en la cual se les daba antes por el limosnero, en pan ó en dinero la limosna. Comunicólo con el guardián del convento, que era hombre docto, y le

dijo que era bueno hacer esto, y que no podía deslucir á la dignidad. Luego lo preguntó á un religioso lego, muy virtuoso (porque este pecador es muy aficionado á consultar con la sinceridad, después de haber consultado á los doctos) y respondió lo mismo. Fuese luego á consultar con el Santísimo Sacramento, que estaba descubierta, y le preguntó si esto sería de su gusto; y le respondieron interiormente que mirase á su Evangelio, y como hablaba de los pobres y se le representaban, y á quien servía el que á ellos les servía. Con que hizo propósito de hacerlo, é indispensablemente lo ejecuta, y por su mano se les escudilla y provee de lo que han menester para comer á medio día de dos ollas grandes, y halla en ello grande consuelo. Y llama cargos á estos ejercicios, y misericordias á estas misericordias, pues cada beneficio es cargo; y en su obrar no halla acción que por el modo, la substancia, la propiedad, la vanidad ú otros géneros infinitos de imperfecciones, con que las echa á perder, no sea una miseria continuada que espera le perdonará la divina bondad y misericordia.





CAPITULO XXVIII

Le va Dios estrechando más las reglas á este pecador y dando inflamaciones de amor.

Con estos y otros ejercicios del ministerio se ha ido más facilitando el obrar aquello que juzga que es más agrado de Dios, y cada día desapropiándose más de todo humano deseo, llevándole la gracia con gran gozo y alegría á servir con alegría al Señor.

Lo primero: le ha ido creciendo de suerte el amor, que algunas veces si no brotaran por los ojos los afectos interiores, le parece que reventaría el pecho; y hasta que salen las lágrimas (y con esto desahoga el corazón) padece el alma mucho en aquellos interiores movimientos. Y aunque es así que desde ahora treinta años que le parece que le imprimió el Señor en su alma su amor divino, ha tenido grandes ímpetus de este divinisimo fuego en todos tiempos, hasta arrojarse

en el suelo clamando, voceando y llorando por no poderlo sufrir; pero no de esta manera, porque aquellos ordinariamente venían por ilustraciones del entendimiento, y de allí pasaban á calentar la voluntad, y ésta á amar y llorar de amor y de dolor de haber ofendido el objeto de su amor. Pero este, que ahora padece, es más dado y sobrenatural; porque sin considerar en cosa alguna, sino con un toque interior tierno y fuerte del amor Divino (aunque más fuerte que tierno), siente ser tocada su alma é inflamada, y de allí pasa el fuego al corazón, y luego se ata la lengua que no puede hablar, y se le levanta el pecho, y hasta que sale el descanso por los ojos llorando (cayéndose y brotando lágrimas los ojos, con un modo notable interior, como si fuese por un surtidor de agua hacia arriba) padece mucho; de suerte, que si durase, corría mucho peligro la vida.

Lo segundo: algunas veces, sólo en nombrando á Jesús, ó viniéndole alguna luz interior, ó nombrando el dulce y suave nombre de MARÍA, se le inflama de manera el corazón, como ha dicho, que parece que se le sale del pecho, y de allí pasa á quitarle el habla, y le dan unos gemidos tiernos, que nunca ha tenido, sino de cuatro ó cinco meses á esta parte, y hasta que se sosiega, aunque sea delante de algunos, ni puede hablar, ni discurrir sino llorar.

Lo tercero: algunas veces siente su alma, tan movida, y da unos saltos y movimientos interiores tales, que teme no prorrumpe en alguna demostración, más que llorar (que esa es ordinaria en la misa, y fuera de ella), de la misma manera que cuando un niño de seis meses está en los brazos de su madre, dando saltos hacia arriba, así ve este pecador en su alma, con vista interior y espiritual, que está en los brazos de la gracia, del amor y de la misericordia, y ella dando saltos interiores, y dulces de alegría y de gozo sobre manera interior y superior, sin estar en su mano el poderla sosegar.

Lo cuarto: un día estando comiendo enfrente de una ventana de donde se veía el cielo, mirando acaso hacia él, vió en todo el espacio del cielo, que se venía un alma sola y sin compañía, y que al derredor no se veía cosa alguna; é interiormente le ilustraron con cierta noticia muy superior, diciéndole en lo más reservado de su alma: *así quiero que camines.*

Lo quinto: comenzó el Señor á darle fuerzas para aumentar penitencia; y siendo así, que había probado á ver si le dejaría la salud dormir vestido como lo había hecho muchos años (y después por sus indisposiciones le dispensaron), habiendo probado en una ocasión, y ocasionándole un gran catarro, que le duró mucho tiempo

y le impidió con calentura acudir al ministerio (que es lo que él siente mucho); probó de allí á dos años, víspera de San Andrés, y se halló bien, y no sintió ninguna indisposición, y así lo continuó y lo continúa.

Lo sexto: dejó la cama y tomó un jergón con grandísimo consuelo suyo; por la paja que tenía le despertaba memorias del pesebre del Señor, y cubriéndose con una manta raída y su capote, comenzó á volver á sus principios de cuando se veía mozo, y cada día se halla mejor, más sano, fuerte y contento.

Lo séptimo: en todas las ocasiones que ha hecho actos de caridad y servido á los pobres en tiempos fuertes de frío, siempre descubierto, jamás por ello se ha acatarrado, ni perdido la salud.

Lo octavo: cada día le ha ido quitando más el sueño (y con gran gusto y consuelo suyo), hasta ir disponiendo que se levante á las tres de la mañana; y siendo así que siempre ha sido trabajado de la cabeza, le ha fortificado de suerte, que no le hace daño alguno para acudir á su ministerio.

Lo noveno: le ha ido estrechando más en la frecuencia de las disciplinas y penitencia del día y noche, y siempre halla más consuelo y salud (si bien siente que el brazo derecho debe de pa-

decer en este ejercicio mucho, porque por la conyuntura del hombro le causa mucho dolor).

Lo décimo: en la comida le ha ido también estrechándole, disponiéndole con santas inspiraciones y deseos que vaya dejando lo regalado. Y así le ha dado á Dios muchos años á la fruta, y si no es en dos ó tres ocasiones ó tiempos (en las dos por enfermo y en la otra por lo relajado), en treinta años no la ha comido otra vez. Ahora le ha quitado todo lo que es truchas, besugos, capones, gallinas y cualquiera otra cosa de este género, y el dulce raras veces se le consienten, y sólo se sirve de dos platos al comer y uno al cenar, aunque haya en la mesa más por los huéspedes.

Lo décimoprimeró: con ocasión de que Dios haya piedad de su alma en la hora postrera de su vida, le ha quitado el comer postres y se los ha dado á Dios para que su bondad se los guarde para entonces.

Lo décimosegundo: le ha puesto en que cuando come sea ofreciendo á Dios su corazón, si se acuerda, en cada bocado, y al comenzar algún plato pone los ojos ó corazón en una imagen de Cristo Nuestro Señor, que se le ofrece siete veces; y otras en la de la Virgen, y si así no lo hace no siente consuelo este pobre pecador.

Lo décimotercero: le ha formado el modo de

comer religiosamente en comunidad con su familia, leyendo mientras se come, hallando en ello grandísima utilidad para todo y haciendo se vaya á recibir la bendición de la Virgen antes de ir á comer, y después se vuelve al oratorio á pedir la misma bendición.

Lo décimocuarto: en una ocasión, estando comiendo, tenía delante una imagen de Cristo Nuestro Señor Crucificado, y habiendo hecho este pecador un acto de mortificación interior (y no era de la abstinencia de comer) volviendo los ojos al Santo Cristo, vió con los de la imaginación ó entendimiento ó del cuerpo (que todo participó) un Serafin á sus piés adorándole y besándole, y fué tanto lo que le hirió en el alma á este pecador esto, que se le inflamó el corazón y anduvo movido y con suma reverencia y presencia de aquella vista algún tiempo; y en otras ocasiones, mirando allí, siente recogimiento y amor, y cuando lo escribe está sintiendo muy vivo y ordinariamente sólo con acordarse de aquello.

Lo décimoquinto: en nombrándose, cuando se lee, el Santísimo Sacramento, se descubre este pecador, y no se vuelve á cubrir, y si se nombra el dulce nombre de María, hace lo mismo, como se nombre tres veces, y dos si se nombra el de Jesús. Y si se lee alguna historia de la virgen la oye descubierto, aunque hace gran frío en aque-

lla tierra donde está, mas esto jamás le ha causado, ni ha hecho daño.

Lo décimosexto: en otra ocasión leyendo la vida de aquel varón apostólico el maestro Avila, viendo este pecador el fervor de aquel varón de Dios, y lo que predicaba sólo por la caridad, y lo que él, necesitado de la justicia se defendía de cumplir con tan alto ministerio, se puso á llorar con grande fuerza en su oratorio; después de haber comido, contraponiendo su flaqueza con el fervor de aquel varón santo, que no se podía consolar, y sintió su preferencia allí donde lloraba, y lo consoló y abrazó, y aunque no dejó de llorar, sino mucho más, quedó su alma muy movida é inflamada en amor de Dios: y así ha de predicar, y publicar con su pluma y con su voz la palabra del Señor.



CAPITULO XXIX

De otras misericordias de Dios, y deseos que le ha dado del consuelo y bien de las almas de su cargo, y de sembrar la divina palabra.

El ansia que le dió Dios á este grandísimo pecador del bien de las almas de su cargo desde que fué consagrado, veinte años ha, cada día ha ido creciendo más, y tan práctico está en este ejercicio, que nada de quanto él puede alcanzar, y les conviene, puede (si así es lícito decirlo), aunque quiera omitirlo; señaladamente en estos últimos años, porque es tan grande la fuerza de la gracia, que parece que si él no fuera á obrar lo que obra, lo arrastraran y llevaran por fuerza, aunque el amor entrañable que les tiene, ni admite fuerza, ni dilación en lo que obra. Si bien